



AÑO III

← BARCELONA 17 DE MARZO DE 1884 →

NÚM. 116

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN BUEN AMIGO

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EL ESCAPARATE FANTASMA, por don Benito Mas y Prat.—LA CAVERNA DE LA MUERTE (continuación), por don F. Moreno Godino.—MONASTERIO Y PALACIO DE CARACEDO, por don F. Giner de los Ríos.

GRABADOS.—UN BUEN AMIGO.—EN EL PIANO.—SHEREZADA, cuadro por Fernando Keller.—FLORES PARA LA FIESTA MAYOR, cuadro por Virgilio Ripari.—¡YA LLEGA PAPÁ! cuadro por F. Sadé.—LA MUERTE DE VIRGINIA, cuadro por Miola.—EL AMOR Y EL HADO, grupo escultórico por Gustavo Doré.

NUESTROS GRABADOS

UN BUEN AMIGO

Mucho habría que decir del título de este cuadro. Mas, al fin y al cabo, no se trata de la significación de la cosa, sino del mérito de una composición pictórica. Además, á la vista de ese tipo candoroso, al considerar cuán graciosamente cobija la niña en su seno virginal al felino que considera ser su buen amigo, lo único que se nos ocurre es temer por esa niña inocente, que no conoce las mañas gatunas.

EN EL PIANO

La juventud y la belleza, la belleza y la poesía, la poesía y la música, son ideas que se enlazan perfectamente. Una composición cualquiera que las comprenda en un grupo artístico, ha de producir forzosamente una impresión favorable; y esto ocurre á la simple vista de nuestro grabado. Una niña espiritual, quizás demasiado espiritual, ejecuta en el piano una de esas obras, llenas de suavísima armonía, que durante mucho tiempo hemos desdeñado y que posteriormente se ha convenido en calificar de magistrales. Al lado de la ejecutante dormita un joven, dormita que no duerme; es decir, experimenta una de esas sensaciones que embargan el espíritu y le trasportan á regiones que no son las regiones de este mundo.

Quizás el lienzo aparece algo frío; si su autor no es inglés, debiera serlo, según el juicio que generalmente se tiene formado de los hijos de Albion; por más que en el arte pictórico sus artistas sienten, conciben y ejecutan como el más ardiente poeta del Mediodía.

SHEREZADA, cuadro por Fernando Keller

Pocas obras han tenido en este siglo la popularidad que obtuvo la de Gallaud, titulada *las Mil y una noches*. El autor ha supuesto en ella la existencia de un sultan que elevaba sucesivamente á su tálamo á cuantas mujeres tenían el singular capricho de dar su vida á trueque de ser reinas un solo día. A pesar de tan triste experiencia, Sherezada arrostra el peligro y en la noche de su fastuosa boda comienza á relatar á su imperial esposo una serie de cuentos maravillosos, cuyo interés se prolonga mil y una noches y se prolongará, ciertamente, mucho más, á no ser porque el sultan, maravillado del talento de Sherezada, revoca la orden de muerte cumplida en todas las precedentes sultanas.

El cuadro de Keller representa á Sherezada en el calor de su relato. La sultana no es una cuentista vulgar; sus relatos son el fruto de una portentosa imaginación oriental, y en su invento debe haber algo del genio que inspiraba á los antiguos bardos los cantos patrióticos que tan grande influencia ejercían en el ánimo de los antiguos pueblos. El pintor, con buen acuerdo, ha hecho de Sherezada un verdadero poeta en el calor de su improvisación, y de su esposo el tipo de la dureza contenida por la curiosidad. De suerte que si un paisano nuestro ha expresado, en un hermoso grupo escultórico, la idea de la belleza dominando la fuerza; Keller, sin necesidad de apelar á los irracionales, ha dado forma á la idea de la dureza subyugada por la poesía.

FLORES PARA LA FIESTA MAYOR, cuadro por Virgilio Ripari

El pintor italiano que ha expuesto últimamente este cuadro en la exposición milanés del palacio Brera, ha sobresalido en el país clásico del arte por la verdad y energía, por el desenfadado y la acentuación, con que da cuenta de los sentimientos y de las pasiones que agitan el pecho de los jóvenes. Con una gracia no descocada como la de algunos dibujantes franceses, con un fuego comunicativo pero que no sonroja á los curiosos, pinta las escenas propias de la vida á los veinte años, fijando su catelejo observador en todas las clases de la sociedad.

En el cuadro que hoy reproducimos ha presentado un hermoso grupo, mezcla original de realismo é idealismo, que únicamente pueden apreciar en todo su valor los conocedores del tipo italiano. Ripari titula su cuadro: *Piñori per la Sagra*. La sagra es la fiesta mayor del pueblo, y con efecto, una aldeana es la hermosa doncella del cuadro; pero una aldeana despojada de toda su rudeza, bien así como su galanteador tiene todo el aspecto físico de un pisaverde de salón. Tipos, uno y otro, esencialmente italianos y difíciles de apreciar por quien no está familiarizado con ellos, es indudable á pesar de todo, que la impresión que causa este cuadro confirma el gran concepto en que los artistas tienen á su autor.

¡YA LLEGA PAPÁ! cuadro por F. Sadé

Los pobres pescadores se han hecho á la mar para ganar trabajosamente su subsistencia y la de sus familias: al trasponer el sol el horizonte, la de uno de ellos acude á la playa para aguardar el regreso de su jefe, siendo uno de

sus pequeños hijos el primero que divisa en lontananza la lancha, con esa mirada de águila propia de los acostumbrados á excudriñar los lejanos horizontes marinos; y al reconocer la barca paterna, lanza alegre la exclamación que sirve de título al lienzo. El autor de este, distinguido pintor holandés, se ha dado á conocer ventajosamente por sus marinas, y por la propiedad con que reproduce en sus cuadros la flora y fauna del Océano.

LA MUERTE DE VIRGINIA, cuadro por Miola

El cuadro de este título, que ha figurado dignamente en la última Exposición de Bellas Artes de Roma, es una composición vigorosa y llena de expresión y movimiento. A la puerta de un carnicero romano yace el cuerpo inanimado de Virginia, cubierto de sangre. Su padre, con el arma homicida en la mano, se dirige airado contra los decemvros, sentados en el Foro y visibles en lontananza. Al rededor del parricida se agolpa una compacta muchedumbre de hombres, mujeres y niños, que en su actitud demuestran el horror de que están poseídos. Una mujer anciana, con el cabello suelto y la mano en la cabeza, que probablemente será la nodriza de la doncella víctima del puñal paterno, mira con tanto horror como cólera al enérgico Virginio. Todos los detalles de esta sangrienta y trascendental escena, así los trajes, como los objetos, son perfectamente adecuados á la época, y el lienzo en su conjunto da una perfecta idea del aspecto de la antigua Roma.

EL AMOR Y EL HADO, grupo escultórico por Gustavo Doré

Nuestro grabado es copia de un grupo escultórico, obra del famoso Doré, exhibido en el Salon de Paris de 1877. El Hado, representado en forma de una anciana de majestuoso aspecto, cuyas facciones son fiel trasunto de las de la madre del artista, está sentado sobre una roca, teniendo al Amor apoyado entre sus rodillas. Con su mano derecha sostiene las tijeras, símbolo de la implacable Atropos, y con la izquierda el hilo del humano destino; á sus pies yacen la rueca y el reloj de arena, teniendo uno de ellos apoyado en la aljaba del Amor, de la cual se escapan las saetas en ella contenidas. Es el fatal momento en que las terribles tijeras van á cerrarse para cortar el hilo de una existencia: el Amor, procurando retener este hilo con una mano é impedir el movimiento de las tijeras con la otra, levanta su hermoso y apenado rostro, y con mirada suplicante, parece implorar al Hado que respete aquella existencia; pero en vano; el destino ha de cumplirse, y el Amor es impotente para aplazar una hora siquiera su irrevocable decreto.

No pretendemos encomiar la elevación del pensamiento del artista, ni la ejecución del grupo escultórico en que le ha dado forma; esta obra está ya suficientemente juzgada por la crítica que ha emitido sobre ella su más envidiable fallo.

EL ESCAPARATE FANTASMA

I

La historia que voy á contaros me ha sido referida por ella misma, la última vez que la ví, cuando partía para San Baudilio en unión de dos de sus compañeras de infortunio.

Adelina se hallaba una noche en la vía pública delante del escaparate del joyero Giuseppe Lenon, con su pañolillo lleno de prendas atacadas al brazo, haciendo una de esas estaciones tan gratas á la mujer, y sobre todo á la mujer bonita.

La joyería de Giuseppe Lenon era la mejor joyería de la corte, y su escaparate, grande, muy grande, como el orgullo y la ambición de los usuales parroquianos del establecimiento.

Tras su magnífico cristal, claro y limpio hasta el punto de no percibirse sino al contacto de la mano; sobre sus paños de terciopelo, claveteados de plata; bajo sus grandes reverberos cubiertos de colosales pantallas, lanzaban chispas de luz, relámpagos irisados, microscópicas centellas, una multitud de caprichosos objetos de oro y piedras preciosas; un verdadero mar de solitarios y sargas de perlas; una miriada de alhajas colocadas en preciosos estuches de aromáticas pieles, cuyas tapas entreabiertas como fauces de caiman tapizadas de paño de seda, parecían demandar con fiereza las miradas de los transeuntes.

Contemplaba Adelina todas estas preciosidades y dejaba vagar su imaginación por lontananzas color de rosa, reflexionando cuán bien sentarían en sus orejas aquellos pendientes figurando alados insectos, en sus muñecas aquellas sierpecillas de oro, y en su cuello mórbido y redondo, tales calabrotes y cuales medallones plagados de rubíes; cuando se le acercó un desconocido cuyo largo leviton y ancho sombrero ocultaban uno de esos bustos de sátiro que con tanta frecuencia aparecen en los cuadros de Rubens. Su boca, gruesa y recogida hácia las orejas, dejaba asomar unos dientes mutilados y desiguales, como las almenas ruinosas de una fortificación romana; sus pupilas, verdes como las del gato, estaban fijadas en escleróticas sanguinolentas; su nariz, chata y encorvada, ensanchábase de vez en cuando, como la de un corcel de batalla ántes del combate.

Adelina, al ver tan cerca de sí aquella figura, digna del pincel de Hogarth ó del lápiz de Ortego, quiso huir prontamente; pero el desconocido pareció comprender el mal efecto que había producido su presencia y no dió lugar á que la joven acentuase su movimiento de repulsión, ántes

bien, entrando en el establecimiento y tomando su puesto de observador al otro lado del escaparate, puso entre Adelina y él un regular espacio; colocados así el uno frente al otro, *vis à vis* como dicen los franceses, sólo los separaba un muro de cristal y de diamantes.

Nuestra heroína hubiese abandonado su observatorio de buen grado por no soportar la mirada inquisidora del hombre-sátiro; pero ¡eran tan bonitas las joyas que aún no había examinado! ¡Tenía tantas cosas que decir á un brazaletes de piedras color de cielo, que estaba, como quien dice, saliéndose del estuche!

Olvidada del curioso impertinente que seguía sirviendo de término á aquel paisaje de pedrería, Adelina volvió á engolfarse en sus imaginaciones.

Recordó haber leído en cierto libro que le prestara una vecina suya, más entrada en malicias que en años, que las piedras preciosas tenían la rara virtud de alcanzarlo todo. Con un collar de granates, podía atravesarse el océano sin correr peligro de muerte; con un topacio amarillo, en el que hubiese grabado un halcón, no había que temer asechanzas de los calaveras ni de los viejos verdes; con un aderezo de sardónicas ó un hermoso berilo montado en oro se gozaría, por siempre, de buena salud, sometiendo de paso al blando yugo algún opulento Nabab, ó guapo mancebo, valeroso y príncipe por añadidura.

Como consecuencia de estas gratas reflexiones, cruzaron por su imaginación los lujosos trenes que solían acompañar á las joyas que estaban escalonadas ante sus ojos, de los que aquellas brillantes piedras eran tan sólo corona y complemento, acabando por soñar, despierta y de pié, en carretelas, corceles, lacayos, alcázares perfumados y cubiertos de alfombras, cámaras nupciales con blandos lechos, y gabinetes forrados de raso azul alumbrado por opacas lámparas de porcelana.

Los transeuntes, entre tanto, pasaban y pasaban: la calle, llena de activa muchedumbre, era como viviente mar en cuya orilla permanecía Adelina sirviendo de escollo. Las risas, los murmullos, los animados diálogos de los que iban y venían por aquel lado, apenas lograban sacarla de sus abstracciones; sólo cuando un pollo atrevido la echaba una flor, cuando algún zafio montañés la daba un codazo, cuando, en fin, alguna joven de vida airada se colocaba junto á ella con expresión procaz, limpiándose los labios pintados de bermellón con el dorso de su mano pecadora, como para decirle que aquellos ricos diamantes no se habían montado para ella; Adelina salía de su encantamiento y dejaba de contemplar momentáneamente las diademas y los solitarios.

También en estos intervalos, se hallaba de nuevo con el sátiro del largo leviton que la contemplaba tenazmente desde el fondo del escaparate y que, con el dedo índice, señalaba cada una de las joyas que más solicitaban la atención de Adelina. Al cabo sólo quedaron en la retina de la joven dos imágenes; la una, espléndida, radiante de luz: las joyas del escaparate; la otra, sombría, oscura como el pecado: el señor del ancho sombrero que claramente expresaba su deseo de regalar alguna de aquellas ricas preseas á la aturdida mozueta.

II

Frecuentemente os habrá sorprendido, mirando con pertinacia varios objetos á la vez, un fenómeno óptico, en el cual tiene la imaginación no pequeña parte: antójasenos que se acercan ó se retiran, se agrandan ó se empequeñecen, toman nuevo volumen ó van perdiendo sus siluetas poco á poco. Es ese estado de vacilación, en que el pensamiento no se adecua al objeto mirado, en que el mundo exterior puede huir bajo nuestras plantas; es ese estado patológico que nos sorprende en las alturas y al borde de los abismos, y que se conoce con el expresivo modismo de *irse la cabeza*.

El vértigo se inicia siempre de este modo.

Adelina debió de sentir algo parecido, si no es ya que algún espíritu juguetón tocó con sus invisibles alas de mariposa; cuando ella se deleitaba en contemplar un grupo de piedras azules rodeadas de triángulos de diamante, el escaparate de Giuseppe Lenon comenzó á moverse lenta pero sensiblemente, y dando media vuelta á la derecha y rompiendo al parecer las firmes abrazaderas de hierro que le sujetaban al quicio de la gran puerta, echó á andar por la acera, como si tuviera piernas invisibles y permiso especial del diablo para marchar sin obstáculos por todas partes.

Adelina vió que el escaparate se separaba de ella como se separa la costa del naufragio y el rayo de sol del pobre encarcelado á quien no da bastante juego la cadena. La huida lenta, suave, silenciosa de todo aquel mundo de cristal y pedrería; de aquella arca misteriosa de preciosidades y riquezas, determinó en ella un fenómeno de afinidad y atracción al cual no pudo sustraerse: á medida que el escaparate huía, ella avanzaba también, como si formara parte del mueble; su mano trémula, apoyada ligeramente en el cristal, se extendía tocándolo con las yemas de los dedos y con las puntas de sus uñas rosadas; aquellas uñas, brillantes como el ágata, crujián al rozarlo de ese modo particular que crispera los nervios.

Fantasmagoría extraordinaria: Adelina adelantaba paso á paso tras el escaparate que se contoneaba por la acera sin que se cerrara un solo estuche, sin que se apagara una sola luz, sin que se moviera una sola piedra; y el sátiro del leviton seguía sirviendo de fondo á la perspectiva andante, aunque, ahora, vuelto de espaldas á la joven y al escaparate, abriendo la marcha; mostrando á través de los cristales su nuca de toro y sus espaldas cargadas como las

de Sísifo. El demonio ó la fantasía habían tomado cartas en el asunto.

El escaparate no encontraba valla ni tropiezo en su marcha triunfante y progresiva. Su gran masa trasparente salvaba cuantos grupos hallaba al paso; ni se rompía un vidrio ni crujía una sola de sus lujosas ensambladuras; los transeuntes se filtraban por él entrando y saliendo como Pedro por su casa, y más bien parecía hecho de corpúsculos de niebla ó de ligerísimos rayos de luna, que de cristal aleman y alerce aromático. A verlo algún académico de la de Ciencias, como lo veía Adelina, no se hubiera puesto más sobre el tapete la debatida cuestion de la impenetrabilidad de la materia.

El afán de Adelina crecía á medida que las joyas se querían apartar de ella; su pupila inmóvil parecía querer guardar la imagen de un aderezo de turquesas, de preciosa factura, con la fidelidad de un objetivo fotográfico; hubiera seguido al escaparate fantasma hasta el fin de la tierra; por eso avanzaba paso á paso, anhelosa, en silencio, mirando con desconfianza á los transeuntes que borran momentáneamente la perspectiva radiosa pasando á través de toda ella como las salamandras por el fuego; tropezando en fin con los que se le ponían delante y mirándolos de hito en hito, con esa atonía del que no puede explicarse lo que le rodea.

El escaparate fantasma corrió toda la calle, que se hallaba llena de gente, dobló la esquina, desembocando en una plazuela ya menos concurrida y tomando el rumbo de una callejuela oscura y solitaria, adquirió por contraste más deslumbradora brillantez. Ya en aquel reino de las tinieblas era un faro luminoso flotando en un mar de sombras; un trozo de cielo abierto en un horizonte lleno de nubarrones; un gigantesco depósito de fuegos fatuos caminando entre tumbas; que no otra cosa que nichos parecían las desvencijadas puertas y estrechas ventanas de la callejuela por la cual caminaban en silencio, Adelina, el sátiro del leviton y el escaparate del joyero Giuseppe.

El callejon se estrechaba al final como un embudo, forma, como todos saben, de los nueve círculos del Dante; si Adelina hubiese separado sus ojos, un momento, del escaparate, temblara sin duda de espanto: las estrechas callejas de los albaicines y zacatines, el histórico Compás de Sevilla, las peligrosas redes próximas al Azoquejo de Valencia y al Potro de Córdoba, no podían compararse con aquella serie de mezquinas casucas con las ventanas junto al cielo y las tortuosas escaleras hasta el portal; con aquellos nidos de palomas torcaes, por cuyas innumerables hendiduras se escapaban arrullos y gorjeos, inexplicables rumores y ráfagas amarillentas.

El escaparate se detuvo ante una de estas habitaciones, acaso la de más agradable aspecto; parecía haber llegado al término de su lenta y silenciosa ruta.

Adelina se detuvo también. La sombra del sátiro desapareció en aquel momento del fondo del cristal, y apagándose, poco despues, instantáneamente los reverberos del prodigioso mueble, quedó la jóven sumida en oscuridad profunda, como si le hubieran puesto ambas manos sobre los ojos.

Tras brevísimo intervalo volvió á hacerse la luz en torno de Adelina y entónces ocurrió algo más extraño todavía. El escaparate, rico en esplendores, mostróse de nuevo ante la niña sirviendo de cancel al arco de ingreso de la raquíta escalera; mas, en vez de reverberos, iluminábalo la palmatoria que apretaba entre sus descarnados dedos una vieja macilenta y gibosa, colocada ante el mueble en el mismo sitio que ántes ocupara el sátiro y quebrando su fantástica sombra en los primeros tramos de aquella subida peligrosa.

Así colocada, la vieja estantigua dejaba resbalar las ráfagas de su vela de sebo sobre las radiantes piedras, con diabólico arte, iluminando á la vez los desconchados pedañes; el turguro envuelto en tales luces y sombras, parecía más adecuado para contener las calderas de Pero Botero que para guardar hermosuras de veinte abriles y muestrarios de joyas.

Recuerdo haber visto, en compañía de Adelina, una copia de Rembrandt que despertó en ella el recuerdo de la Celestina de la palmatoria. La figura á que me refiero estaba, como casi todos los estudios de este genial pintor, medio oculta en la sombra, llevando en la siniestra mano una bujía y con la derecha puesta á guisa de pantalla; conservo su fotografía y aún me pone los cabellos de punta.

El aspecto de aquella harpía hubiera decidido á Adelina á volver la espalda y huir del turguro á que el escaparate la habia conducido; pero el aderezo de turquesas brillaba dulcemente como si quisiera mandar á los ojos de la jóven los rayos centuplicados de una miriada de estrellas, y como la vieja subía poco á poco los escalones, y el escaparate iba tras ella, Adelina subió también hasta que el fantástico mueble se detuvo en una cámara primorosamente tapiada, con cortinajes y divanes de raso azul flordelisado y preciosos espejos de penacho, inclinados graciosamente, que reproducían la luz de cuatro candelabros de brillante metal.

Como palidecen las estrellas á la proximidad del sol, los reverberos del escaparate fantasma se debilitaron al hallarse ante aquellas luces, y como si las bujías fueran talismanes mágicos que absorbieran al mueble andante en sus llamas, este quedó convertido en una primorosa mesa de tocador sobre cuya tapa de mármol apareció el aderezo de turquesas que algún hada propicia habia escamoteado, para ofrecérselo á Adelina con aquel perfumado gabinete.

III

Contóme Adelina, que, sintiéndose fatigada, se reclinó en uno de aquellos divanes, rellenos de pluma, y se quedó dormida profundamente.

Y soñó que se desposaba con un príncipe poderoso y gentil, el cual le ofrecía como regalo de boda el aderezo de turquesas y brillantes; que sus damas y sus pajes la precedían hasta el umbral de su cámara nupcial; que el príncipe la recibía en sus brazos, y que un coro de cantores y tocadores de laud, entonaba al otro lado de la cámara el más suave de los epitalamios.

Vió distintamente las colas de las cortesanas, las dalmáticas de los servidores, las cítaras de los músicos: sintió el rezo del sacerdote, el murmullo de las felicitaciones, las risitas maliciosas de las damas de alto rango; derramó dulces lágrimas al separarse de su pobre madre y se estremeció de terror al escuchar el chirrido del cerrojo dorado que la dejaba por vez primera en brazos ajenos.

.....
Cuando pasó el sueño apuntaba el alba.

Adelina abrió los ojos rodeados de círculos color de violeta.

La habitación en que se hallaba no era la suya. Ni se veía su modesta mesita de labor en cuya canastilla dormía un gatito jugueton y travieso que solía despertarla todas las mañanas, ni el cuadro de la Virgen rodeado de rosas de cuyo clavo pendía el rosario de coral regalo de su primer novio. En vez de las modestas sillas de pino, que le eran tan familiares, rodeábanla sillones de anchos brazos cuyos espaldares ostentaban pajarracos bordados de vivos colores, su veloz de azófar se habia sustituido por una elegante lamparilla, y en el mismo lugar en que se abría su ventana adornada de tiestos de albahaca, veíase un gran balcon cerrado por discretas persianas verdes.

Lo último que miró fué su lecho: no era aquel lecho modesto y limpio de soltera, estrecho como un nido y blanco como la espuma; antes al contrario, sus grandes almohadas conservaban la señal de otra cabeza, sus ropas frias y revueltas se deslizaban hasta el suelo pesadamente, como inmensos sudarios: aquellos doseles, aquellas colgaduras y aquellas randas gravitaban como plomo sobre sus sienas.

Adelina se levantó de un salto acurrucándose avergonzada en un ángulo del gabinete: un armario de palo santo cubierto de inmensa luna, reflejó su rostro enrojecido con la fidelidad más irritante.

Trémula, calenturienta, sobreexcitada, tomó su vestido de percal y su pañuelo de seda que se hallaban colocados en una elegante duquesita y golpeó la puerta que estaba cerrada con dos vueltas de llave.

Mientras la abría una mano experta é invisible, la pobre jóven recordó que habia olvidado su costura: al tomarla lanzó un grito y ocultó su rostro entre las manos. Bajo las prendas acabadas ocultábase el aderezo de turquesas.

Adelina bajó á saltos la escalera y salió á la calle. Alborrea, y esos primeros rumores de la ciudad que van creciendo poco á poco, de los que forman principal parte la campana y la esquila, el pregon y el chirrido del cerrojo vecino, zumbaban en sus oídos como interminable carcajada.

Sin darse cuenta de ello encontróse en el mismo punto en que se detuviera la noche anterior: delante del escaparate del joyero Giuseppe.

El escaparate estaba cerrado herméticamente como los demás que le rodeaban; pero en sus tablas largas y estrechas como las de un ataúd, se leía en letras amarillas sobre fondo negro lo siguiente:

GIUSEPPE LENON,
DIAMANTISTA.

SE ENGARZAN HONRAS Y SE LABRAN PIEDRAS.

O por lo ménos, esto es lo que sigue leyendo Adelina en las paredes del manicomio de San Baudilio.

BENITO MAS Y PRAT

LA CAVERNA DE LA MUERTE

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuacion)

Levantáronse encolerizados; disputaban por vez primera, y como no tuviesen fósforos, se buscaron en la oscuridad. Un puño de hierro asió el brazo de Gil, el cual clavó sus uñas en el cuello de Sebastian.

La camorra era inminente.
—Estamos locos,—dijo este último soltando el brazo de su compañero.—Déjame. Vamos á dormir.

Volvieron á echarse en las camas.
—Oye, Bastian,—dijo Gil despues de un momento de silencio,—te pido perdon de mi tontería.

—Yo he tenido la culpa; me he enfadado sin motivo.
—No hablemos del particular, ó mejor dicho, sí, hablemos. Entre nosotros debe haber franqueza, ¿verdad?

—Por supuesto.
—¿Tú quieres á Petrita?

—¡Oh! sí.
—Yo también: hé aquí el problema; tratemos de resolverle. Antes de conocerla, ya éramos amigos. Nunca hemos reñido; que esto no sea un motivo.

—Tienes razon.

—Puesto que los dos la queremos, que ella escoja, y á quien ella se dé que San Pedro le bendiga.

—Dices bien.

—Se lo diremos mañana.

—Convenido. Si no quiere á ninguno de los dos, nos consolaremos mutuamente. Si elige á uno, al otro al ménos le quedará un amigo.

—Es verdad. Te prometo someterme á su fallo.

—Yo también. Un apretón de manos y á dormir, si podemos.

III

Dos declaraciones á quemarropa.

El dia siguiente era festivo y ambos compañeros buscaron ocasion de encontrarse con Petrita.

La jóven notó en ellos una preocupacion extraña.

—¿Les habrá reñido mi tio?—pensó.

Apénas la vieron, Gil dijo á su compañero:

—¿Vas á ser tú?

—Yo no, no podria.

—Pues yo sí, ya verás;—y aproximándose á la muchacha, repuso con acento resuelto aunque conmovido:—

Petrita, Sebastian y yo tenemos que decir á V. una cosa.

—¿Y qué es?

—Que él y yo la queremos á V.

—¡Vaya una noticia!

—No, es que la queremos... vamos... la queremos á V...

es un decir... como los hombres quieren á las mujeres....

La jóven comprendió y soltó una carcajada, pero viendo el aspecto consternado de ambos pretendientes, reprimió su hilaridad.

—¿Ha comprendido V.?—insistió Gil, que era el más osado.

—Creo que sí, pero ¿cómo ha sido eso?

—¡Vaya V. á saberlo! Anoche reñimos Gil y yo y por poco nos matamos y hemos decidido...

Sebastian no pudo más; su cortedad nativa le ató la lengua.

—Hemos decidido que V. elija entre los dos. ¿A quién prefiere V.?

—A ninguno—contestó Petrita.

Sebastian crispó los labios; Gil se puso lívido en tanto que su nariz tomaba tintes aún más purpúreos.

—Tranquílcese Vds.—repuso la jóven.—No prefiero á ninguno, porque estimo igualmente á los dos. Por ahora seamos amigos; con el tiempo Dios dirá.

—Pero...

—Nada, nada, no es ocasion de pensar en eso.

—¿Pero V. no se ha incomodado con nosotros?—preguntó tímidamente Sebastian.

—¿Soy alguna tonta ó desagradecida?

—¿Y seguirá viéndonos?

—¿Y queriéndonos?

—¡Claro! ¡No faltaba más! Cada uno de Vds. vale mucho para mí, y juntos.... ¡digo!.... pero me voy.... esa pobre india Ivona que vive junto al rio se ha puesto peor; quiero verla y volver ántes que sea de noche.

IV

¿En dónde está?

Dos dias despues reinaba gran consternacion en toda la factoria.

Petrita habia desaparecido.

Hasta la tarde del segundo dia no hubo verdadera inquietud, porque se supuso que la jóven se habia quedado asistiendo á la india enferma; pero cuando se supo que no habia estado en la cabaña de ésta, todos comenzaron á preocuparse seriamente.

Tan pronto como Sebastian y Gil supieron la novedad, fueron á ver á Chafarote, que les recibió con cajas destempladas, diciéndoles:

—Más valia que la buscarais en vez de venir á incomodarme con necias preguntas.

Era la hora de recogerse. Los dos amigos se retiraron á su turguro y una vez allí celebraron consejo.

—¿Has oido lo que ha dicho ese bárbaro?—preguntó Sebastian.

—Sí.

—¿No te parece que, no por él, sino por nosotros, debemos buscar á Petrita?

—¡Buscarla! ¿Cómo?

—Como se buscan las cosas perdidas.

—¿Y en dónde?

—Como Petrita no parece ni muerta ni viva en el término español, es preciso suponer lo que dicen todos.

—¿Que ha sido robada por los moros fronterizos?

—Claro, no hay otra explicacion posible.

—¿Y opinas que debemos ir?...

—Naturalmente.

—Habria que pedir permiso. Segun contrato no podemos alejarnos más que cien varas de la factoria.

—No nos lo concederá Chafarote.

—¿Lo supones así?

—Tengo la seguridad; hace tiempo que he *calado* á ese melon.

—Pues nos pasamos sin él.

—¿Cómo! ¿Te atreverías?...

—Estoy resuelto á buscar á Petrita aunque los moros me empalen y me desuellen vivo. Sin ella, esta vida es insoportable y vale más acabar de una vez.

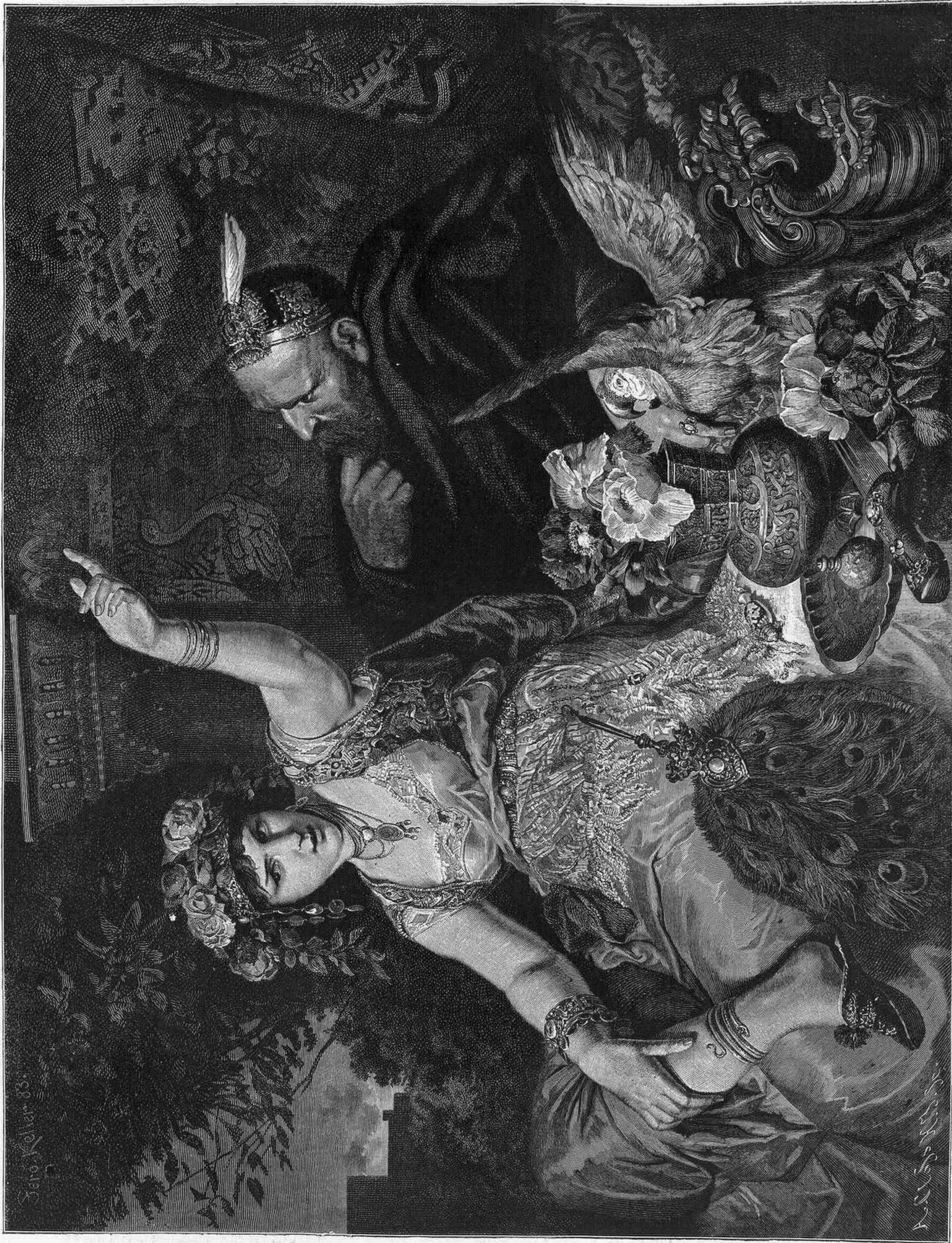
—Tienes razon.

—¿Me acompañas?

—Andando. Ahora mismo. Si nos pillan los moros los



EN EL PIANO



SHEREZADA, cuadro por Fernando Keller

divertiré haciendo mis mejores suertes de prestidigitación y dislocación y ¿quién sabe? quizá me nombren reyzeuelo ó sultan; y si nos comen, ya no tendremos necesidad de comer.

En el resto de la noche ambos camaradas combinaron su plan para la siguiente. Llegada esta, cuando todo el mundo dormía, se prepararon para la expedición. Pusieron a la espalda, á guisa de mochila, un saco lleno de fiambres y frutas secas, metieron en la faja un cuchillo filipino, y se colgaron de la cintura un frasco de aguardiente, envuelto en esparto retorcido. Además, Gil, que era la suma prevision, opinó que no debían llevar sombreros, y sí pañuelos á la cabeza que serían menos visibles de lejos; y por colmo de refinamiento, sobre el que llevaba puesto, se ató una caja de hoja de lata llena de fósforos, y se la colocó tan alta, para que no se mojara, suponiendo que tenían que atravesar un río á nado.

Excusado es decir que durante todo aquel día Petrita no había parecido.

V

Inconvenientes de los botes de hoja de lata

A las once en punto de la noche, los dos amigos salieron de la factoría saltando una empalizada.

La primera parte de su expedición era muy sencilla: cruzar un campo de juncales y cañas, llegar al *rio de los Sapos*, que divide la posesión española del territorio de Joló, y atravesar aquel á nado. Una vez allí, explorar el terreno y buscar á Petrita.

Todo este plan era muy vago é incierto; pero es preciso considerar que, jóvenes, enamorados y aburridos de trabajar, no pesaron con mucha madurez los inconvenientes.

Además, quizá sentían el presentimiento, la fe, la intuición que constituyen los dones del amor verdadero.

Atravesaron los juncales, llegaron á la orilla del río y se arrojaron á él. Ambos eran buenos nadadores y no temían los calambres, porque en aquel clima y en aquella estación el agua está casi caliente, pero nadaban con dificultad. El río es más que cenagoso, viscoso: la linfa parece que está impregnada de gluten; y como hasta llegar al comedío el fondo es muy desigual, los pobres jóvenes experimentaban una gran contrariedad, sobre todo Gil, que era muy nervioso. A veces tenían que hacer pié, y en vez de arena ó pedernal, posaban sus plantas desnudas en una materia escurridiza formada de montones de sapos, cuyo contacto causaba á aquel escalofríos. Necesitaba de toda la energía de su carácter para no prorumpir en exclamaciones de horror. Sebastian, menos sensible, se resignaba más; sin embargo, tuvo un momento de repugnante consternación; al sentar el pié en el fondo, se hundió en una especie de hoyo hasta la rodilla derecha, y al levantar la pierna, merced á un violento esfuerzo, se encontró rodeado de bestias inmundas, algunas de las cuales trepaban por su espalda.

Era aquello como una ducha de sapos.

Había pisado sobre un montón inmenso de estos que se entregaban á sus amores, agrupados en innumerables racimos, según su costumbre.

Sebastian desprendió como pudo de su cuerpo aquel gluten viviente, y los dos amigos continuaron nadando ó andando á intervalos.

Poco ántes de llegar á la mitad del río, oyóse una detonación y Gil sintió un ruido y un golpe cerca de la cabeza...

Hé aquí el motivo:

El señor Martín (a) Chafarote tenía costumbre de acostarse tarde. Después de recogerse sus trabajadores, hacía las cuentas del día y pensaba en las faenas del siguiente. Aquella noche al terminar su tarea, se asomó á la ventana de su despacho, á tomar el fresco, fumando una trompetilla. Mirando distraídamente hacia el río, que corría enfrente á una distancia como cerca de un kilómetro, llamó su atención una cosa particular.

Un objeto reluciente y movable brillaba en la oscuridad de la noche, vagaba, al parecer, sobre el agua y se ocultaba algunos instantes para volver á aparecer.

¿Qué podría ser?

La luna no, porque estaba en su primer cuarto y despedía una luz tenue, áun suponiendo que reflejase sobre el río.

¿Una barca? ¡Imposible! por aquella parte este no tiene fondo seguido para ser navegable y además la luz no era de linterna ó farol.

¿Un pez raro? Menos: en el *Río de los Sapos* no los hay.

¿Intentarían un golpe de mano los moros fronterizos? De ser así, no guardaban las debidas precauciones.

¿Qué podría ser?

El foco brillante, haciendo extrañas oscilaciones y eclipses, seguía avanzando por el río.

Chafarote estaba sorprendido é inquieto.

Bajó al zaguán, tomó una carabina, despertó á un criado malayo, y seguido de éste, salió de la casa.

—¿Qué será aquello?—le preguntó, haciéndole notar el objeto.

El malayo se encogió de hombros.

Se acercaron al río, andando por dentro de la posesión que estaba rodeada de una fuerte empalizada. El señor Martín era irreflexivo y estaba acostumbrado al despotismo ultramarino, presumía además de gran tirador, y éralo en efecto; de suerte que sin pararse en pelillos, cuando comprendió que estaba á tiro, aguardó ocasión oportuna, hizo puntería y disparó su arma.

Un instante después sonó un ruido como el de dos cuer-

pos duros que se chocan, brilló una llama de luz rojiza, que se extinguió en seguida, y luego todo volvió á quedar en el silencio y en la oscuridad.

Chafarote cada vez más preocupado, cargó de nuevo la carabina, despertó al portero de la empalizada, que dormía cerca de la puerta, en un chiribitil, se hizo abrir esta y se encaminó á la orilla del río.

En vano exploró la corriente con la mirada.

Nada se oía ni se veía; bien es verdad que, desgraciadamente, la opaca luz de la luna habíase velado tras un nubarrón inmenso.

Pasado un rato volvió á su casa, despertando ántes á algunos guardas y trabajadores, y encargándoles que vigilaran por si los moros intentaban alguna algarada.

VI

Un agujero sin salida

Gil sintió un golpe y vió el reflejo de una llama que brillaba sobre su cabeza. La bala de Chafarote había atravesado el bote de hoja de lata lleno de fósforos y estos se inflamaron produciendo aquel resplandor.

—Nos persiguen—dijo á Sebastian, que nadaba á su lado.

—Sí, es preciso apretar.

Apretaron en efecto. La corriente se iba haciendo más honda.

Llegaron á poco más de la mitad del río, y como no conocían las particularidades de éste, vieron expuestos á una imprevista contrariedad.

Conforme se avanza hacia la orilla derecha del *rio de los Sapos*, la corriente se hace tan impetuosa y rápida que es imposible resistirla. Nuestros dos camaradas lo intentaron en vano, procurando ganar la ribera; fueron arrastrados con mareadora rapidez.

Era inútil nadar; el agua parecía una catarata horizontal.

Súbito, Gil, que iba delante, desapareció como si le hubiese tragado un agujero, en un sitio en que el agua formaba una franja de espuma. Sebastian ve el eclipse de su amigo, y ántes de que tuviera tiempo de condolerse, siente sus piernas asidas como por una mano que tirase hacia el fondo, y dando vueltas, se hunde á su vez. Luego es arrastrado por una corriente sonora, luego parece que se eleva al mismo tiempo que el nivel del agua, y por último se encuentra flotando, suavemente llevado, como en un riachuelo.

Esta calma relativa, devolviéndole su lucidez, hizo pensar en Gil. ¿Dónde estaría? ¿Había podido resistir á aquel descenso acuático? Sebastian llamó á voces á su amigo, y en medio de aquella oscuridad absoluta, palpó al vacío y por debajo del agua.

En una de estas brazadas, sintió enredados sus dedos en una masa fina y como esponjosa; tiró hacia arriba, se persuadió de que era una cabellera, y por medio del tacto reconoció el cuerpo de Gil.

Suponiendo que estaba muerto ó desmayado, el buen Sebastian encaramó aquel cuerpo sobre su espalda.

Llamó á su camarada, pero este no respondía ni hacia el más leve movimiento.

Entonces, puesto que lo apacible de la corriente lo permitía, creyó que debía nadar diagonalmente con objeto de llegar á una orilla.

Hízolo así á ciegas, porque ¡cosa extraña! en aquellos lugares no había el más mínimo reflejo de luz.

Parecía que el río cruzaba por lo interior de un sepulcro. Conforme el nadador avanzaba transversalmente, sentía que el fondo disminuía, hasta que su pié tocó en sólido.

Algunos pasos después el agua le llegaba á la cintura. Se cargó á Gil á guisa de costal y siguió andando, hasta que por fin sus piés tropezaron en un obstáculo vertical.

Era la ribera. Sebastian subió á ella; ya era tiempo, porque se hallaba muy fatigado. Entonces pudo ocuparse de su amigo, que vivía, si bien estaba privado de sentido.

Dejóle suavemente en el suelo, se sentó á su lado y destapando á tientas el frasco de aguardiente que llevaba, como ya se ha dicho, mojó las sienes de Gil, según usanza de los indios filipinos en semejantes casos.

A la segunda rociada, volvió este en sí con gran alegría de Sebastian.

—¿En dónde estamos?—preguntó Gil, no bien recobró el sentido por completo.

—Ya lo averiguaremos, si es posible. Por lo pronto, yo necesito comer y dormir, porque estoy desvencijado.

Sacaron á tientas de los morrales unos pedazos de pan y queso que, aunque mojados, les supieron de perlas, propinaronse un trago de aguardiente, y momentos después roncaban como dos benditos.

¿Cuánto durmieron? Ni ellos ni yo hemos podido averiguarlo; en aquel sitio no había luz, ni horas, ni medida de tiempo.

Cuando se despertaron, opinaron que se encontraban mejor, y entonces pensaron en abrirse camino.

Al tocarse la faja, Gil se encontró dos fósforos que se habían salvado de la catástrofe del bote, pero estaban húmedos.

Fué, pues, preciso explorar las tinieblas.

Gil que era el más razonador, dijo:

—Indudablemente, á este río le sucede lo mismo que al Guadiana, y nos hallamos debajo de tierra.

—Creo lo mismo.

—Volver por el camino que hemos traído es imposible, volvemos á meter en el agua para seguir la corriente, incómodo y aventurado; luego no nos queda más recurso que andar dando espaldas al río, á ver adonde salimos.

Hicieronlo así, mas pronto hubieron de detenerse al tropezar con una especie de muro granítico.

Le palparon á tientas, andando, y pronto sus manos encontraron el vacío.

Siempre palpando, torcieron una esquina que formaba la pared. Sus piés tropezaban con guijarros, el eco de sus pasos y de sus palabras resonaba con fuerza, por lo cual supusieron que caminaban por debajo de una bóveda alta.

Después de media hora de marcha lenta y precavida, Sebastian dijo:

—He tropezado con una rama. Quizá llegamos al término, y vamos á salir al campo.

Pero no llegaban á ninguna parte. Parecía que andaban describiendo una curva; más no podían darse cuenta, por causa de las alucinaciones de la oscuridad.

Hallábanse cansados, aburridos y desalentados.

—Gil.

—¿Qué quieres?

—¿No te parece que esto es el cuento de nunca acabar?

—Ojalá fuese cuento, pero es historia y lastimosa.

—Me ocurre una idea.

—Dí.

—Hemos nacido en España.

—Tú no; eres gallego.

—¡Hola! ¿bromitas?

—La ocasión es oportuna.

—Oyeme con seriedad.

—No me verás reír.

—Hemos nacido en España, entre sol y entre moscas;

¿no te parece que es una ignominia que muramos de hambre y de sed y en la oscuridad como dos mochuelos?

—Bien, ¿qué es lo que quieres?

—Que acabemos.

—¿De qué?

—De vivir.

—¿Matándonos?

—Naturalmente.

—Pensaré en ello. Por ahora me parece prematuro.

—¿Prematuro?

—Claro.

—¿Tienes alguna idea, alguna esperanza?

—La esperanza de ser comido vivo. ¿No oyes?

En efecto, oíase un inmenso vocerío.

VII

Inter umbra

Nuestros dos héroes hallábanse en una caverna, entre granítica y madreporica, formada en parte por la continua acción de las aguas del río buscando salida, y quizá labrada también por la superstición de los habitantes del país.

La teogonía de los moros de Joló está basada en una extraña mezcla del mahometismo persa y de los encantos, sortilegios y hechicerías peculiares á los pueblos salvajes. Creen en Omazor, genio del bien; en Arimanes, espíritu del mal, y además en los gnomos, duendes, salamandras y demás creaciones elementales.

Según costumbre primitiva, buscan para la celebración de sus ritos y ceremonias, los lugares ocultos, envueltos en la sombra y el misterio, y por lo tanto los sitios subterráneos y casi inaccesibles.

Por una prevision tradicional de derviches, santones y hechiceros, la gruta del río, á donde habían ido á parar nuestros desgraciados héroes, era poco conocida. Servía de templo y de club religioso y teocrático, y más de una vez habían salido de ella revoluciones y golpes de Estado. Los habitantes de aquellas latitudes tienen la levadura de la China, en donde, como es sabido, hay espíritu de rebeldía contra los poderes constituidos.

La gruta ó caverna, por lo exterior, sólo presenta el aspecto de un monte lleno de pedernales y malezas. En la cima hay una meseta escueta, desde donde se domina una gran llanura sin vegetación, que á veces sirve para fiestas públicas, ejecuciones y maniobras militares.

Pocos en Joló saben que aquel monte está horadado, y sólo los afiliados á una secta misteriosa, la secta de *Diabol*, lo cual quiere decir *agua y sombra*, conocen la entrada del antro, oculta bajo una piedra cubierta de tierra y zarzales.

La gruta, pues, en lo interior está formada de roca y pedernal agrietado, y en lo exterior de tierra en donde brota una raquítica vegetación.

En la parte opuesta á la entrada, hay un sendero hecho de escalones informes para subir á la cumbre de la eminencia.

Aquella noche, poco ántes de llegar Gil y Sebastian á la caverna, grupos formados de cuatro ó cinco personas de ambos sexos, deslizándose furtivamente en la oscuridad, fueron reuniéndose en un sitio del monte, no muy elevado de la falda. Varios de ellos desviaron la piedra que tapaba la entrada, que era un agujero no muy grande, y todos, de uno en uno, penetraron en la caverna.

El último fué un hombre de edad ya madura, pero ágil y vigoroso, envuelto en un traje talar blanco y cubierta la cabeza con una capucha.

Una vez en el subterráneo, la turba anduvo un rato á oscuras y en silencio, y al resonar tres palmadas, que repitieron los ecos, prorumpieron todos en un grito unánime que fué el que oyeron nuestros atribulados personajes.

Casi de repente brillaron un sinnúmero de antorchas que iluminaron las tinieblas.

Gil y Sebastian, deslumbrados, apenas tuvieron tiempo de ocultarse detrás de una roca.

La luz rojiza de las antorchas reflejaba caprichosamente en la bóveda y paredes de aquella fantástica caverna,

llena de cristalizaciones, de ramas que crecían en los intersticios de las rocas y de algas ondulantes, que heridas por la llama, parecían serpientes de acero.

Había allí espacios de sombra y de claridad, reverberaciones fantásticas. Las lianas que se entrelazaban por todas partes, movidas por la brisa del río, se asemejaban á escolopendras convulsas.

El suelo presentaba un aspecto ménos fantástico, pero quizá más espléndido que la bóveda y muros; pues estaba formado de guijarros de minerales, desde el mármol hasta el jaspe, salpicados de cuarzos cristalizados que rutilaban como estrellas formando mosaicos de pedrerías, saturadas de óxido de hierro, que hacíanle parecerse á coral petrificado ó á sangre hecha polvo.

VIII

En donde se demuestra que en todas partes existen explotadores y explotados.

Una vez encendidas las antorchas, la turba se detuvo en un espacio grande que había en el centro de la gruta.

El hombre de la capucha que, según parece, era el gran *derviche* ó Santon, situóse en medio, pronunciando palabras vagas é inconexas, como algunos predicadores ántes de comenzar su sermón.

La multitud le rodeaba silenciosa. Había allí muchos hombres de tez negra ó amarilla y algunas mujeres viejas que, como en Europa, pasada la edad de los atractivos, se dedicaban á la devoción ó á las intrigas.

El derviche fué elevando la voz gradualmente hasta prorumpir en la siguiente plegaria ó discurso:

¡Omazor, Omazor, Omazor!

No permitas la iniquidad sobre la tierra.

Los buenos te ayudarán; á los buenos no les importa morir.

Porque van á los bosques perfumados, entre cuyas frondas les esperan las huries de color de rosa, transparentes como el agua y eternamente vírgenes y esposas.

Pero ántes hay que librar de tiranos al mundo y vencer á tu enemigo Arimanes; tú nos ayudarás, nosotros te ayudaremos.

Los sultanes y los jefes desprecian tu espíritu, nosotros les pulverizaremos.

¡Omazor, Omazor, Omazor!

El día de la justicia se aproxima. Nosotros peharemos; encadena tú al fatal Arimanes.

Al recitar el Santon cada uno de estos párrafos ó versículos, la turba hacía un movimiento de prosternación. Cuando terminó, todos extendieron la mano como presentando un juramento.

Sebastian y Gil, situados á alguna distancia y ocultándose detrás de la roca, presenciaban atónitos esta extraña ceremonia.

Gil, que era muy listo, dijo en voz baja á su compañero:

—Es preciso que tomemos una resolución.

—La que tú quieras.

—Si no nos presentamos á esos animales, no tenemos más porvenir que la muerte inevitable.



FLORES PARA LA FIESTA MAYOR, cuadro de Virgilio Ripari

—Y si nos presentamos créo que tambien.
 —Puede que no. Indudablemente estos son devotos que han venido aquí á rezar los maitines ó las Cuarenta horas; ese grandullon tiene todo el aspecto de un sacerdote falsificado.
 —Es verdad.
 —Estas gentes son crédulas á macha martillo y parecen poseídas de religioso recogimiento. Como los asistentes á la bóveda de San Ginés, en Madrid, temen pero desearian presenciar un milagro, como por ejemplo, el de ver al diablo. ¿Por qué no hemos de proporcionarles este gusto?
 —Te veo venir, pero no comprendo. ¡Unos diablos con blusa y pañuelo á la cabeza!..
 —Ya te explicaré mi idea. Ven, metámonos aquí detrás.
 El derviche, como he dicho, terminó su salmodia y los circunstantes extendieron sus brazos, cuando hé aquí que una voz lejana resonó en aquel recinto, repitiendo tres veces y con distintas inflexiones:
 ¡Omazor, Omazor, Omazor!
 El santon se quedó estupefacto, y la turba inmóvil y

distancia entre Villafranca y Ponferrada, álzanse las ruinas de la vasta construcción, elevada á fin del siglo X por Bermudo II y ampliada y restaurada por el Emperador Alfonso VII y D.^a Sancha en la primera mitad del XII. Por desgracia, en la última centuria fué objeto, la iglesia especialmente, de una de esas reparaciones bárbaras, cuyo secreto no se ha perdido todavía.
 Los restos de importancia arqueológica que aún pueden allí verse—suponemos que por poco tiempo—corresponden al segundo de esos períodos, ó más bien, á toda la serie del arte románico y á los primeros pasos del ojival; lo que de las postrimerías de este queda, y ménos aún de los ulteriores, no vale la pena de estudiarse. Aquellos restos pertenecen, unos, al antiguo convento cisterciense; otros, al palacio: la iglesia y la sala capitular constituyen los primeros; las habitaciones llamadas de D.^a Sancha, los segundos.
 La iglesia es hoy una enorme construcción, tan enorme como insignificante, que sólo en su extremo occidental deja ver algunas de las últimas pilas del grandioso templo románico de tres naves, cuyo lugar ha usurpado en mal hora. Con tales datos, ¿qué puede elevarse de ella? Reuniendo

sobrecogida. Todos temblaban y nadie se atrevía á romper el silencio.

El derviche se prosternó hasta tocar la tierra con su barba, lo cual contribuyó á aumentar la general consternación.

Por fin el sacerdote, haciendo un esfuerzo, é incorporándose un poco, exclamó:

—¡Omazor, glorioso espíritu! ¿qué nos quieres?

Un nuevo acento, más cercano y más penetrante, repitió:

—¡Omazor, Omazor!

Luégo, sin dar lugar á que la turba se repusiera de su espanto, mientras todos, imitando al Santon, se habían prosternado, oyóse otra voz, y después otra, hasta un número infinito. Todas ellas salían de sitios diferentes, diciendo, gritando, aullando, gimiendo, en diversos diapasones. Oíanse gritos sordos que parecían provenir del fondo de la tierra, otros caían de la bóveda, ó salían de entre las ramas pendientes de los muros graníticos; trepaban, se arrastraban, estallaban en medio de la apiñada muchedumbre, que se separaba asustada.

Los más miedosos se arrimaban á la pared, lanzando miradas extraviadas como buscando la salida.

De repente cesaron los gritos.

El Santon se atrevió á abrir los ojos que tenía cerrados.

Los que pensaban huir se detuvieron.

Algunas mujeres desmayadas comenzaron á volver en sí.

La mayor parte de ellos se atrevieron á mirar tímidamente hácia la parte sombría de donde había salido la primera voz.

(Continuará)

MONASTERIO Y PALACIO DE CARRACEDO

En la orilla izquierda del Cúa, pintoresco afluyente del Sil, allá en lo más frondoso de los valles del Bierzo, y casi á igual



¡YA LLEGA PAPÁ! cuadro por F. Sadée

Con tales datos, ¿qué puede citarse de ella? Reuniendo en una sola ojeada el interior y el exterior, tal cual reliquia, todavía de importancia, como son los sepulcros situados en el antiguo atrio del N.; el tímpano con el Cristo y los símbolos de los evangelistas; las estatuas del abad Florencio y de Alfonso VII, probablemente trasladadas, como el tímpano, de otro sitio; la parte inferior de la torre; el hermoso óculo románico sobre la pequeña puerta (ya ojival y muy linda) de Poniente; y, en el interior, los capiteles que han podido resistir la informe obra del siglo XVIII.

La sala capitular tiene grande interés. Es de planta cuadrada—como la Cámara de D.^a Sancha, de la cual hablaré más adelante y que se encuentra sobre ella,—y se halla subdividida por cuatro pilares cilíndricos, formados por haces de ocho columnas, con un capitel corrido. En el fondo, hay restos de un altar; en los muros laterales, sepulcros; y en el lienzo que la limita del claustro, renovado y sin interés, salvo la puerta románica que le da ingreso, una portada, constituida por tres archivoltas románicas también, á cada uno de cuyos costados se abre una ventana doble del propio carácter.

Esta elegante construcción ofrece extremada semejanza con otras dos del monasterio portugués de Alcobaça, sobre el cual ya he tenido lugar de llamar la atención de los aficionados en las columnas de este mismo periódico. Dicho monasterio, cisterciense asimismo, pertenece de lleno, como el de Carracedo, al tiporománico.

Ahora bien, la llamada *Casa dos tumbo*, ó Panteon, de Alcobaça, donde están los ricos sepulcros de D. Pedro I y D.^a Inés de Castro, y la sala capitular del mismo convento, presentan la estructura más análoga posible á la de Carracedo. Sin duda, aun el observador más superficial advertirá desde luego que el Panteon de Alcobaça ha sido todo él reconstruido y decorado del modo más infeliz posible en el estilo pseudo-medieval de la primera mitad de este siglo; los extravagantes adornos de los capiteles lo prueban del modo más indubitado. Pero la semejanza de su estructura general con la de la Sala Capitular, que se conserva pura, indica al propio tiempo que dicha estructura ha sido respetada en la moderna restauración. En ambos departamentos existen los pilares en haces de 8

columnas, como en Carracedo; los capiteles corridos; las ménsulas iguales; las bóvedas ya con carácter gótico; en suma, la analogía es tal, que hace pensar en la imitación de unas por otras, ó en un tipo común originario. Debe advertirse que el panteon de Alcobaça es rectangular, no cuadrado, como nuestra Sala.

Por una escalera pesada, ruinoso y sin gracia alguna, se sube á las que pasan por habitaciones del Palacio. Entre sus departamentos, algunos de ellos cubiertos ya por bóvedas de cañon apuntado, sólo dos merecen singular mención en un trabajo tan breve y superficial como el presente: los que llevan los nombres de Antecámara y Cámara de D.^a Sancha. Ambas son admirables.

La primera es un rectángulo de unos 7^m por 5; y en cada uno de sus lados tiene un hueco: la pequeña puerta de entrada, en uno de los mayores; en el de enfrente, otra, casi gótica ya, que da paso á la cámara y que seguramente ha sido encajada despues en el primitivo hueco (que quizá fué ventana); en uno de los costados menores, otra puertecilla que debió conducir á las habitaciones derruidas; y frente á ésta, un hermoso óculo sobre el antiguo jardín. Pero el interés de esta habitación está en la bóveda. A primera vista, parece gótica, merced á los aristones que la decoran; pero nada más distante de la verdad. Es sólo una especie de cúpula de ocho paños, formada por la intersección de dos cilindros normales y de otros dos alabeados; ó en otros términos, es una curiosísima é importante bóveda románica dentro del género de las llamadas por arista.

El paso del octógono de lados desiguales, que resulta, á la planta rectangular del suelo se verifica en los cuatro lados menores, que son los de los ángulos, dos veces por medio de trompas, y otras dos por arcos. A los ocho baquetones sencillos, que acusan las juntas, hay que añadir otros ocho, de varios anillos, meramente decorativos, y que dividen en dos cada uno de los paños verdaderos; de ellos, los que podríamos llamar diagonales, figuran descansar sobre las trompas y arcos de los ángulos, y todos arrancan de ménsulas que recortan la imposta, elevada 3^m,20 sobre el suelo, lisa y pintada con hojas de la época de la construcción, probablemente. La bóveda resulta bastante peraltada; pero el arco que representa la función del formero, es simplemente de medio punto, y su realce estriba en la adición de dos elementos verticales. Sin entrar en más pormenores, impropios de este lugar, basta lo dicho para dar idea de una bóveda, que recuerda la de la Torre de la Cámara Santa de Oviedo, menos complicada que la del palacio berciano.

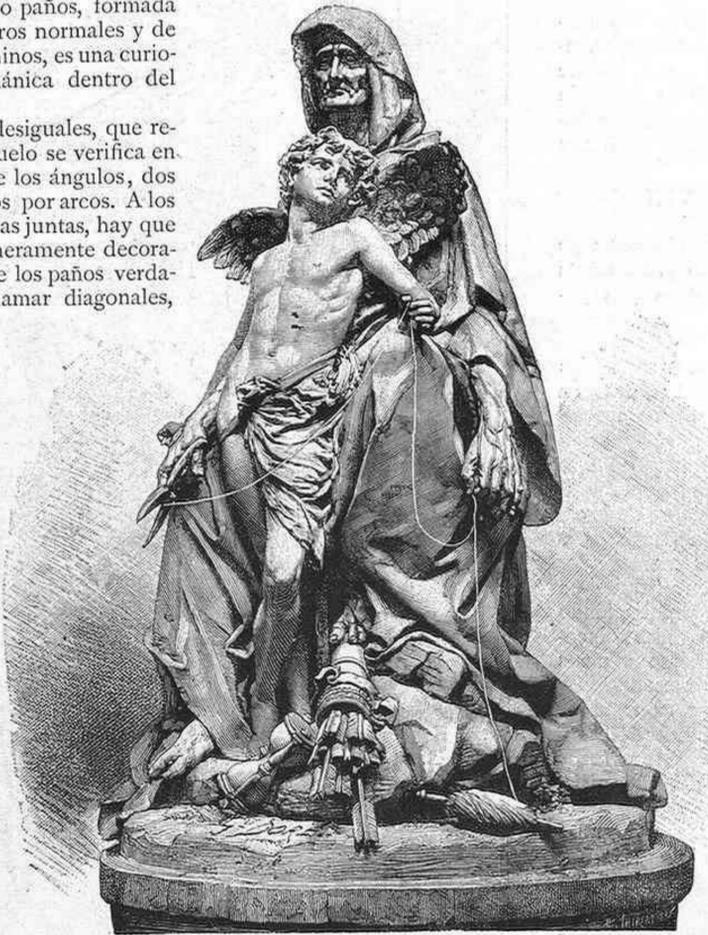
No ofrece poco interés, aunque en otros respectos, la pieza inmediata, que lleva el nombre de Cámara de doña Sancha. Es un gran cuadro de 11^m por lado, emplazado, como ya se ha dicho, sobre la sala capitular y subdividido, como esta, en nueve tramos por cuatro columnas exentas, románicas, de una sola pieza y completamente análogas á las curiosísimas de la girola de la Catedral de Avila; sólo que mientras estas arrancan sobre un pedestal prismático, á la manera clásica, en las de Carracedo sustituye á ese pedestal un cuerpo cilíndrico de 1^m,30 de alto. Cada una de estas columnas sustentan 4 arcos apuntados, normales entre sí y sobre cuyos tímpanos descansan ocho techos planos de madera pintados y correspondientes á los ocho departamentos en que se divide la Cámara: el 9.^o ó central sostiene una cúpula octogonal, también de madera, con su cornisa, tableros y clave, igualmente decorados. El carácter

de estas pinturas—alguna parte de las cuales han sido quizá restauradas en tiempos más modernos—parece decididamente árabe, á pesar de las bichas, de marcado sabor gótico, que en ellas alternan con hojas y otros motivos.

Aunque este techo, cuya época tal vez no es posterior á la primera mitad del siglo XIII, no sea el único ejemplar de su clase en dicho período, puede reputarse uno de los más importantes; mas por desgracia, si desde el verano último nada se ha hecho para protegerlo del viento y el agua, que ya tienen la mitad de él en tierra, no es fácil resistir á los temporales del crudo invierno presente.

Sobre la fecha de esta construcción, salvo lo que su examen da de sí, hay un dato que no debe olvidarse. Tal es el de que fué edificada despues de la Antecámara ya mencionada. Así lo prueban la estructura del muro medianero entre ambas, en el cual se conservan aún, por la parte que cae dentro de la Cámara, canchillos y otros elementos de la cornisa exterior románica, ajimeces de igual estilo (no tendría sentido haberlos abierto despues) y ciertos otros pormenores. Todo ello parece indicar el primer tercio del XIII, como la época en que la Cámara fué erigida: ó más bien—pues nuestra cronología es aún muy varia, segun las comarcas y en general muy insegura—la transición y alborozo del estilo ojival.

En este departamento hay todavía algunas otras cosas de interés. Tales son, en primer término, las tres losas perforadas de sus ventanas ó rosetas, que por su carácter



EL AMOR Y EL HADO, grupo escultórico por Gustavo Doré

se tomarian como más antiguas que el estilo románico: sabido es que Viollet-le-Duc, en estas losas (de que tan bellos ejemplares conservan nuestras iglesias del X) cree ver el origen primero de lo que despues hubieron de ser ventanas y rosetones ojivales. Además, merece citarse la enorme chimenea románica situada junto á uno de sus ángulos, con su cornisa adornada de *pecten*; y por último, la galería, especie de pórtico ó mirador cubierto, de tipo románico también, con su puerta y su ventana gemela, sus elegantes columnas pareadas, su escalinata y su hermosa vista sobre el paisaje y huertos, cuyas yedras, zarzas y arbustos, enseñoreados de la construcción, le dan un aspecto pintoresco lleno de poesía.

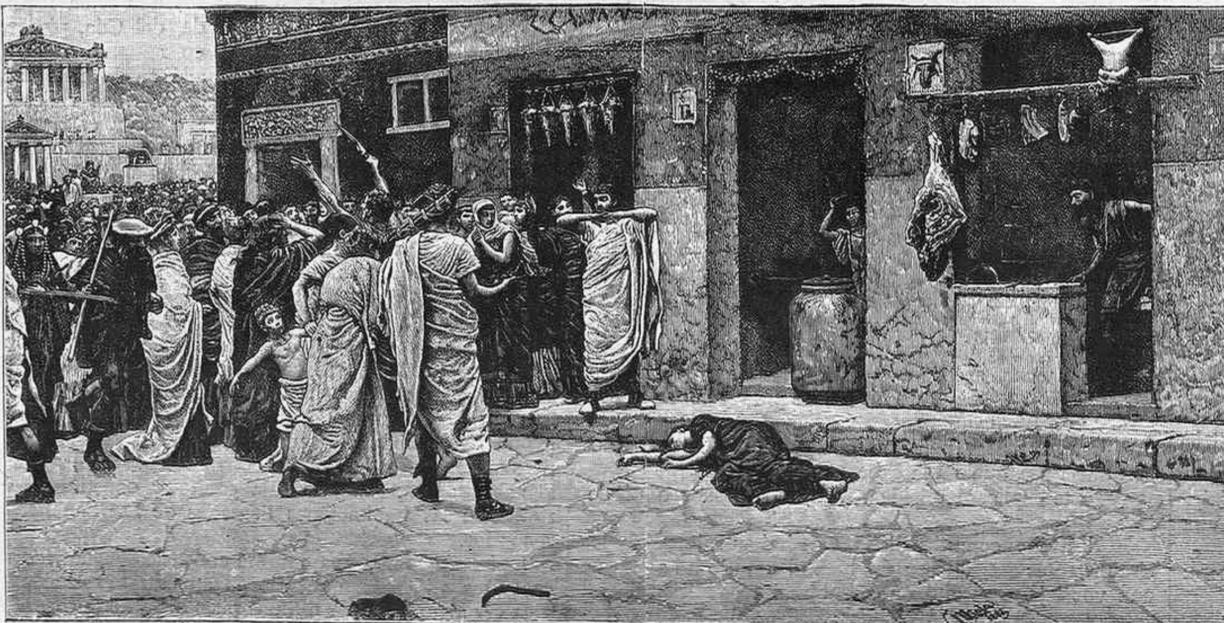
Tal es, en sumario compendio, este monumento, perdido en el fondo de aquella risueña comarca y uno de los datos que más importaria conservar para la historia de nuestra arquitectura. Baste advertir que en los edificios de este tiempo, en su estudio comparativo con los análogos de otros países y señaladamente de Francia, es donde debe buscarse solución á problemas como el siguiente: la arquitectura gótica ¿es tan sólo una creación é importancia francesa, ó por el contrario, un resultado natural de la necesidad de satisfacer á ciertas condiciones, y no ha podido ménos de obtenerse donde quiera que estas han aparecido? Porque, en tal caso, aún cuando la superioridad del estilo francés lo haya hecho sobreponerse (y no en todo, quizá) á los de otras comarcas, tal vez podría llegarse á admitir pluralidad de centros de evolución para el paso del románico al ojival y... pero ¡tente pluma! estas son cosas graves y del dominio del arqueólogo, no del mero turista.

Por desgracia, el monasterio de Carracedo no lleva trazas de poder servir dentro de poco á turistas, ni á arqueólogos, ni para ilustrar ésta ni ninguna otra clase de problemas.

F. GINER DE LOS RIOS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON



LA MUERTE DE VIRGINIA, cuadro por Miola